

CHARLES BROKAW

EL ENIGMA DE LA ATLÁNTIDA



«Si disfrutó con *El código da Vinci*, éste es su libro; *El enigma de la Atlántida* ofrece las mismas dosis de misterio, aventura y entretenimiento.»

Deepak Chopra

El enigma de la Atlántida



El enigma de la Atlántida

Charles Brokaw

Traducción de Enrique Alda

Rocaeditorial

Título original: *The Atlantis Code*
© 2006 by Charles Brokaw

Primera edición: noviembre de 2009

© de la traducción: Enrique Alda
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92429-99-8
Depósito legal: M. 32.317-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Dedico este libro a mi familia,
especialmente a mi mujer,
que tuvo que soportar
mucho mientras lo escribía.
Te quiero y te doy las gracias
desde el fondo de mi corazón.

Y a Robert Gottlieb,
que ha sido el impulsor de este
proyecto desde el principio;
no puedo agradecerte
lo suficiente tu apoyo,
creatividad y ayuda.

Kom Al-Dikka
Aleandría, Egipto
16 de agosto de 2009

Thomas Lourds bajó a regañadientes de la cómoda y alargada limusina con un inusual presentimiento. Normalmente le gustaban las ocasiones en las que podía hablar de su trabajo, y no digamos las que le ofrecían la posibilidad de solicitar fondos para los programas arqueológicos en los que creía o participaba. 9

Pero aquel día no.

Más tarde, por supuesto, a pesar de no creer en esas cosas, se preguntó si lo que había sentido no sería un aviso sobrenatural captado por su radar personal.

Bajo el sofocante calor del sol egipcio a mediodía, dejó caer al suelo su ajada mochila de piel y miró hacia el enorme teatro romano que las legiones de Napoleón Bonaparte habían descubierto mientras cavaban para construir una fortificación.

A pesar de que las excavaciones de Kom Al-Dikka llevaban doscientos años siendo estudiadas, primero por buscadores de tesoros y después por investigadores en busca de los conocimientos de la Antigüedad, la misión polaco-egipcia que se había establecido allí hacía más de cuarenta años seguía haciendo nuevos y sorprendentes descubrimientos.

Horadado en la tierra, Kom Al-Dikka es un anfiteatro semicircular cercano a la estación de tren de Alejandría. Los pasajeros que descienden al andén sólo tienen que recorrer una

corta distancia para echar un vistazo a ese antiguo escenario. Los coches circulan al lado, por las calles Daniel y Hurriya. Es un lugar en el que se unen el mundo antiguo y moderno.

Construido con trece gradas de mármol que proporcionaban asiento hasta a ochocientas personas, con todas las plazas cuidadosamente numeradas, la historia del teatro se hundía en las profundidades del pasado y recorría el mundo antiguo de principio a fin. Sus piedras de mármol se extrajeron en Europa y se llevaron a África. El mármol verde provenía de Asia Menor. En los laterales había mosaicos con dibujos geométricos y todo el complejo era un símbolo de la gran expansión mundial que tuvo el gran imperio que lo construyó.

Lourds observó la vasta estructura de piedra. Cuando Tolomeo era joven, antes de escribir sus mejores obras, Kom Al-Dikka ya estaba allí y en él se representaban obras de teatro y musicales, y se podían ver —si algunas de las inscripciones de las columnas de mármol estaban bien traducidas, algo que Lourds creía firmemente— combates de lucha libre.

10 Sonrió al pensar que Tolomeo podría haber estado sentado en esas gradas de mármol trabajando en sus libros, o, al menos, haber meditado sobre ellos. Habría sido incongruente, como un catedrático de Harvard en Lingüística que asistiera a un combate de lucha libre profesional. Lourds era ese catedrático, pero no le interesaba la lucha libre. Lo que sí le gustaba era pensar que a Tolomeo sí.

A pesar de que había visto aquel lugar muchas veces, jamás había dejado de provocarle el deseo de saber más acerca de la gente que había vivido allí en los tiempos en que aquello aún era nuevo y estaba abarrotado. Muy poco quedaba en la actualidad de las historias que habían contado. La gran mayoría había desaparecido cuando se destruyó la Biblioteca Real de Alejandría.

Por un momento, Lourds imaginó lo que habría sido atravesar los salones de la gran biblioteca. Se decía que sus colecciones albergaban al menos medio millón de manuscritos. Supuestamente contenían el conocimiento de todo el mundo conocido en aquellos tiempos: tratados de matemáticas, astronomía, mapas antiguos, textos de cría de animales y de agri-

cultura, todos esos temas estaban allí guardados. Al igual que el trabajo de los grandes escritores, incluidas las obras perdidas de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes y Menandro, unos dramaturgos cuyas obras tenían tanta fuerza que todavía seguían representándose las que habían sobrevivido. Y más.

Hombres, hombres eruditos, habían acudido desde todo el mundo para hacer su aportación a la antigua biblioteca y aprender de ella.

Y sin embargo, todo había desaparecido, destruido y quemado.

En opinión de la última hornada de respetuosos becarios, su destrucción fue ordenada por el emperador romano Julio César, por Teófilo de Alejandría o por el califa Umar. O quizá por los tres, en el curso del tiempo. Quienquiera que fuese el responsable, todos aquellos maravillosos escritos se habían quemado, desmenuzado: habían desaparecido. Al menos hasta el momento. Lourds todavía esperaba que algún día, en algún lugar, siguiera existiendo un tesoro oculto lleno de esas obras, o, al menos, copias de ellas. Era posible que en aquellos peligrosos tiempos alguien se hubiera preocupado de proteger los manuscritos, escondiéndolos o haciendo copias que ocultó tras quemarse la biblioteca.

11

El vasto desierto que rodeaba la ciudad todavía albergaba secretos y las secas y ardientes arenas eran maravillosas a la hora de proteger papiros. Ese tipo de tesoros seguía apareciendo, a menudo en manos de delincuentes, pero también bajo supervisión de algún arqueólogo. Los expertos sólo podían leer los manuscritos que habían vuelto a ver la luz. ¿Quién sabía cuántos escondrijos seguían allí, esperando a que alguien los encontrara?

—Señor Lourds.

Recogió su mochila y se dio la vuelta para ver quién lo llamaba. Sabía lo que esa persona había visto: un hombre alto, esbelto por años de jugar al fútbol; una poderosa mandíbula acabada en una pequeña y recortada perilla negra, que suavizaba las duras facciones de su cara; el pelo negro ondulado lo suficientemente largo como para caerle sobre la cara y por encima de las orejas. Ir al peluquero le exigía demasiado tiempo, así

que sólo lo hacía cuando realmente ya no le quedaba más remedio. «Ya falta poco», pensó cuando se lo retiró de los ojos. Llevaba unos pantalones cortos de color caqui y camisa gris, botas de senderismo, un sombrero Australian Outback y gafas de sol. Todo usado y gastado. Parecía un egiptólogo en ropa de faena, muy diferente a los turistas y vendedores que trabajaban en los anfiteatros.

—Señorita Crane —saludó a la mujer que había pronunciado su nombre.

Leslie Crane se acercó a él. Algunas cabezas masculinas se volvieron para mirarla. Lourds no los culpó. Leslie Crane era guapa, rubia de ojos verdes, vestida con pantalones cortos y una camisa de lino blanco sin mangas que resaltaba su morena y esbelta figura. Lourds calculó que tendría unos veinticuatro años, quince menos que él.

—Me alegro mucho de conocerlo en persona, por fin —dijo estrechándole la mano.

12 Tenía un nítido acento inglés que, en su sensual voz de contralto, tenía un efecto balsámico.

—Yo también lo estaba deseando desde hace tiempo. El correo electrónico y las llamadas telefónicas no pueden reemplazar el estar con otra persona. —Aunque consideraba que esas dos formas de comunicación eran rápidas y mantenían en contacto a la gente, Lourds prefería hablar cara a cara o escribir en papel. Era una especie de anacronismo, todavía seguía tomándose la molestia de escribir largas cartas a sus amigos, que hacían lo mismo a su vez. Creía que las cartas, en especial cuando alguien quería llegar a un punto y comunicar una línea de pensamiento sin que le interrumpieran, eran importantes—. Estrechar una mano tiene sus ventajas.

—¡Oh! —exclamó Leslie al darse cuenta de que seguía apretándose—. Perdón.

—No se preocupe.

—¿Le ha gustado el hotel?

—Sí, por supuesto. Está muy bien. —El programa de televisión lo había acomodado en el Montazah Sheraton, de cinco estrellas. Tenía la costa mediterránea al norte y el palacio de verano y los jardines del rey Faruk al sur. Hospedarse allí era

una experiencia increíble—. Pero está tan cerca que podría haber venido andando. Aunque la limusina era muy bonita. Un catedrático de universidad no es una estrella del rock.

—Tonterías. Disfrútela. Queríamos que supiera cuánta ilusión nos hace trabajar con usted en este proyecto. ¿Se había alojado alguna vez allí? —preguntó Leslie.

—No, soy un humilde catedrático de Lingüística —contestó Lourds meneando la cabeza.

—No menosprecie su formación ni su experiencia. Nosotros no lo hacemos —replicó Leslie con una deslumbrante sonrisa—. No es un simple catedrático. Enseña en Harvard y estudió en Oxford. Y su currículum es de todo menos humilde. Es el experto en lenguas antiguas más importante del mundo.

—Créame, hay unos cuantos expertos que se disputarían ese trono —replicó Lourds.

—No en *Mundos antiguos, pueblos antiguos*. Cuando acabemos esta serie es lo que pensará todo el mundo —insistió Leslie.

Mundos antiguos, pueblos antiguos era el nombre del espacio producido por Janus World View Productions, una filial de la British Broadcasting Corporation. Era un programa en el que aparecían gentes e historias interesantes, conducido por inquietos presentadores como Leslie Crane. Allí entrevistaban a reconocidos expertos en diversos campos.

—Ha sonreído, ¿pone en duda lo que le he dicho? —Leslie hizo una mueca, y aquel gesto consiguió que pareciera incluso más joven.

—No lo que ha dicho, quizá sí la generosidad que muestre el público. Y, por favor, llámame Thomas. ¿Te importa que caminemos? —preguntó indicando con la barbilla hacia una zona en sombra—. Al menos para escapar de este maldito sol.

—Claro —respondió Leslie echando a andar a su lado.

—Me dijiste que hoy por la mañana me propondrías un reto —le recordó.

—¿Nervioso?

—No mucho. Los retos me gustan, pero las adivinanzas me suscitan cierta... curiosidad.

—¿Acaso no es la curiosidad una de las mejores herramientas de un catedrático de Lingüística?

—Me temo que la mejor herramienta es la paciencia; nos esforzamos por tenerla. A los escribas les costó mucho tiempo anotar los testimonios de la vida intelectual de toda una nación o de un imperio, ya fuera historia, matemáticas, artes o ciencias. Por desgracia, a los estudiosos de hoy en día les cuesta incluso más tiempo descifrar esos antiguos trabajos, sobre todo ahora que ya no tenemos acceso a los lenguajes en los que estaban escritos. Por ejemplo, durante más de mil años nadie en este planeta supo cómo leer los jeroglíficos egipcios. Hizo falta mucha paciencia para encontrar la clave adecuada, y después mucha más para descifrar el código de su significado.

—¿Cuánto te costó descifrar *Actividades de alcoba*?

Fuera del alcance directo del sol y en la sombra, Lourds sonrió tristemente y se rascó la nuca. La traducción de aquellos documentos había despertado una gran curiosidad, tanto negativa como positiva. Seguía sin saber si el tiempo que les había dedicado era un hito en su carrera o un paso en falso.

14 —De hecho, esos documentos no se llamaban así. Ése fue el desafortunado nombre que le dieron los periodistas que cubrieron la historia.

—Disculpa, no era mi intención ofenderte.

—No te preocupes.

—Pero esos documentos sí que eran narraciones sobre las conquistas sexuales del autor, ¿no es así?

—Quizás, a lo mejor sólo eran fantasías. Una especie de Walter Mitty estilo Hugh Hefner. Son muy vívidas.

—Y sorprendentemente explícitas.

—¿Los has leído?

—Sí. —Leslie se ruborizó—. He de decir que son muy... convincentes.

—Entonces también sabrás que algunos críticos tildaron mi traducción de pornografía de la peor especie. Algo así como la versión antigua del *Penthouse Forum*.

—Ahora estás siendo un poco obsceno —lo acusó Leslie, en cuyos ojos verdes había brillado un momentáneo destello de regocijo.

—¿Y eso? —preguntó Lourds enarcando las cejas con inocencia.

—¿Un catedrático de la universidad que conoce la revista *Penthouse*?

—Antes de ser catedrático fui estudiante. Imagino que hay pocos estudiantes masculinos que no sepan de ella, aunque sea superficialmente.

—A pesar de que la comunidad pedagógica despelljó tu traducción, conozco a varios catedráticos importantes que aseguran que fue un buen trabajo a partir de un documento muy difícil.

—Fue un reto. —Lourds, animado por el tema de conversación, no se fijó en las personas que pasaban a su lado. Voces que ofrecían gangas en árabe, francés, inglés y en dialectos locales, a las que no prestó atención—. El original estaba escrito en copto, que se basa en el alfabeto griego. La persona que lo creó añadió unas cuantas letras, algunas de las cuales sólo se utilizaban en palabras de origen griego. El documento lo escribió un hombre que decía llamarse Antonio, sin duda por el santo, aunque éste era más bien un sátiro o, al menos, así es como se imaginaba a sí mismo. Al principio parecía un galimatías.

—Hubo otros lingüistas que intentaron traducirlo, pero no consiguieron darle sentido. Sin embargo, tú imaginaste que se trataba de un código. No sabía que los códigos dataran de tan antiguo.

—Los primeros códigos que se conocen se atribuyen a los romanos. Julio César utilizó una simple sustitución de letras, o desplazamiento, para enmascarar los mensajes a sus comandantes. Su desplazamiento más conocido constaba de tres espacios.

—Lo que convertía una «a» en una «d».

—Exactamente.

—Solía hacerlo cuando era niña.

—En aquellos tiempos, los desplazamientos eran un ingenioso ardid, pero los enemigos de César lo descubrieron rápidamente. Al igual que en la actualidad. Nadie que realmente quiera mantener algo en secreto utiliza ya códigos de sustitución. Son demasiado fáciles de descifrar. En inglés la letra que más se utiliza es la «e», y después la «t». Una vez que esos valores quedan establecidos en un texto, el resto de las letras empiezan a tener sentido.

—Pero las *Act...*, quiero decir, la obra que descifraste era poco habitual.

—Bueno, en comparación con lo que habíamos descubierto sobre ese periodo de tiempo, sí. Dado el contenido del libro, el escritor tenía motivos más que suficientes para codificarlo.

—Para mí lo más interesante al leer tu traducción fue saber que los coptos eran una secta muy religiosa. Incluso en nuestros tiempos es un documento un tanto escandaloso. Algo así habría sido... —Leslie titubeó buscando las palabras, sin saber hasta dónde podía llegar.

—Exótico —la ayudó Lourds—. O incendiario, dependiendo del punto de vista. Por supuesto, en la actualidad, los valores morales están más restringidos que en el mundo antiguo, un legado que nos dejaron san Agustín, los victorianos y los puritanos, entre otros. Aunque fue incendiario incluso para los principios de aquellos tiempos. Posiblemente fueron hasta peligrosos para la vida del escritor. En eso estoy de acuerdo. Así que tuvo cuidado. Además del código, escribió el documento en dialecto sahídico.

16

—¿Cuál es la diferencia? ¿No sigue siendo copto?

—No exactamente. El dialecto sahídico fue una rama de la lengua copta original.

—Que empezó siendo griego.

Lourds asintió. Le gustaba aquella joven. Era rápida, estaba bien informada y parecía interesarse realmente por lo que decía. Parte de las dudas que tuvo cuando aceptó mantener aquella entrevista empezaron a disiparse. La universidad siempre había buscado formas de darse a conocer al público, algo que no siempre había resultado favorable para los catedráticos que habían puesto en primera línea. La mayoría de los periodistas y reporteros sólo escuchaban hasta el momento en el que oían la frase breve que podían utilizar —incluso fuera de contexto— para llegar al punto que querían. Lourds ya había experimentado lo que pasa cuando los medios de comunicación destrazan a un catedrático. No era nada agradable. Hasta el momento había conseguido evitarlo, pero con *Actividades de alcoba* había estado más cerca de lo que le hubiese gustado.

—En un principio, al sahídico se le llamó tebano, y se uti-

lizó en forma literaria alrededor del 300 a. C. La mayor parte de la Biblia se tradujo al sahídico. El copto se convirtió en el dialecto estándar de la iglesia ortodoxa copta. Más tarde, en el siglo XI, Al-Hakim bi Amri Allah abolió prácticamente la fe cristiana, con lo que tuvo que ocultarse.

—Vaya caos.

—Aquí y en todo el mundo. Los conquistadores a menudo intentan destruir la lengua de la civilización que derrotan. Mira lo que pasó con el gaélico cuando los ingleses conquistaron a los escoceses. Se prohibió que los clanes lo hablaran, que vistieran sus trajes tradicionales, incluso que tocaran la gaita. Al suprimir una lengua se rompe la conexión del pueblo conquistado con su pasado.

—¿Te refieres a que le priva de sus conocimientos?

—Más que eso. La lengua está arraigada en las personas. Creo que es lo que da sentido a lo que son y adónde dirigen sus vidas. Les da forma.

—Según esa definición, hasta los cantantes de rap han creado un lenguaje.

—No, realmente no lo han creado. Lo han recogido de su gente y lo han convertido en una forma artística única. Es muy parecido a lo que Shakespeare hizo con el inglés.

—¿Estás comparando a los cantantes de rap con Shakespeare? En algunos círculos académicos lo considerarían escandaloso, incluso peligroso.

Lourds esbozó una sonrisa.

—Quizá. Seguramente sería más una violación flagrante de erudición que cuestión de asesinato. Pero es verdad. Al igual que los catedráticos y periodistas, cada uno en un campo definido, inventan palabras especializadas para tener una jerga que les permita hablar entre ellos. Una cultura también puede desarrollar un lenguaje nuevo para evitar que se les entienda. Un ejemplo podrían ser los gitanos.

—Sabía que tenían su propia lengua —aseguró Leslie.

—¿Sabes de dónde proceden los gitanos?

—¿De papá y mamá gitanos?

Lourds se echó a reír.

—Hasta cierto punto sí, pero en tiempos seguramente fue-

ron una casta baja india reclutada para crear un ejército mercenario con el que luchar contra el invasor musulmán. O quizá fueron esclavos que llevaron los conquistadores musulmanes. En cualquier caso, o en otro si ninguno de estos dos es el correcto, llegaron a ser un pueblo y crearon su propia lengua.

—¿El sometimiento conduce a la creación de una lengua?

—Puede hacerlo. El lenguaje es una de las colecciones de herramientas y técnicas más evolucionada que la humanidad ha creado nunca. La lengua puede unir o dividir a las personas con tanta rapidez y facilidad como el color de la piel, la política, las creencias religiosas o la riqueza. —Lourds la miró, sorprendido consigo mismo por hablar tanto y por el hecho de que los ojos de aquella mujer todavía no se hubieran puesto vidriosos—. Perdona por el sermón que te estoy soltando. ¿Te aburro?

—¡Qué va! Me siento aún más fascinada y estoy deseando enseñarte nuestro misterioso reto. ¿Has desayunado? —preguntó Leslie.

—No.

18 —Estupendo, entonces te invito a desayunar.

—Me siento honrado, y hambriento. —«Y esperanzado ante la posibilidad de tener un desayuno interesante», pensó, aunque no se lo dijo a su anfitriona.

Lourds se echó al hombro la mochila. En ella llevaba su portátil y unos textos sin los que no podía viajar. La mayoría de esa información estaba copiada en el disco duro, pero si tenía oportunidad de elegir entre textos virtuales o escritos, prefería el tacto y olor de los libros. Algunos llevaban viajando con él más de veinte años.

Caminó al lado de Leslie mientras se abrían paso entre la gente y los vendedores, y escuchaban unas cantarinas voces que ensalzaban sus mercancías. Alejandría rebosaba actividad y se buscaba la vida un día más, entre turistas y ladrones.

Tuvo la desagradable sensación de que le estaban observando. Tras años de viajar por países extranjeros, incluidos muchos con problemas internos, en los rincones más remotos de la Tierra, había aprendido a prestar atención a esos presentimientos. En más de una ocasión le habían salvado la vida.

Se detuvo y miró hacia atrás intentando divisar si alguien

entre la multitud mostraba algún interés especial por él. Sin embargo, lo único que vio fue un mar de caras, moviéndose y empujándose mientras esquivaban aquella marea humana.

—¿Pasa algo? —preguntó Leslie.

Lourds meneó la cabeza. Eran imaginaciones suyas. «Me está bien empleado, por haber leído esa novela de espías en el avión», se reprendió a sí mismo.

—Nada —dijo volviendo a acomodar su paso con el de Leslie mientras cruzaban la calle Hurriya. No parecía seguirles nadie, pero aquella sensación no le abandonó.

—¿Te ha visto?

Al otro lado de la amplia calle, Patrizio Gallardo observó cómo se alejaba el catedrático universitario. Soltó una tensa exhalación. Todavía no sabía muy bien lo que estaba pasando. Su contacto, Stefano Murani, cardenal Murani en aquel momento, era muy reservado con sus secretos. Era lo que le habían enseñado sus jefes.

A los dos los había contratado la Sociedad de Quirino por sus respectivas cualidades. Murani provenía de una familia aristocrática que vivía de las rentas familiares. Mediante ese trampolín había ingresado en la Iglesia católica y había ascendido en la jerarquía hasta llegar a ser cardenal. Gracias a su puesto en el Vaticano tenía acceso a documentos secretos que jamás habían visto la luz pública.

Gallardo atrajo la atención de la sociedad por otro motivo. Su padre, Saverio Gallardo, pertenecía a una familia del crimen organizado de Italia que había hecho dinero gracias a los incautos. Patrizio eligió el camino del crimen, pero no le gustaba que su padre lo dominara, a pesar de su talento para el negocio.

Le gustaba el trabajo, y hacerlo para la persona adecuada le reportaba grandes ingresos. Cualquiera podía poner una pistola en la cara a alguien y pedirle el dinero. Pero no todo el mundo tenía valor para apretar el gatillo y después limpiar la sangre. Patrizio Gallardo sí. Y eso es lo que hacía para la sociedad. Y era lo que estaba dispuesto a hacer aquel día. Lo único que necesitaba era que la sociedad señalara.

Aquel día había señalado al catedrático universitario Thomas Lourds.

—¿Te ha visto? —volvió a preguntar Cimino.

Gallardo miró a su presa. En esa ocasión no se fijó en el hombre, sino que observó la escena que se estaba desarrollando en la calle. Lourds seguía su camino y hablaba afablemente con la mujer.

—No —contestó Gallardo. Llevaba un pequeño auricular prácticamente oculto por el cuello de la camisa. Medía casi metro ochenta, era una contundente boca de incendios con poco más de cuarenta años. Bronceado por el sol del desierto, marcado por las peleas contra quien había querido robarle o contra gente a la que había robado él, era un hombre de cara redonda con espeso pelo negro, que iba sin afeitar y con las cejas unidas para formar una sola, arrugada permanentemente sobre unos ojos muy juntos. Todo el que se cruzaba con su mirada normalmente cambiaba de acera.

—Le tenderemos una emboscada. Matarlo no será difícil. Después podremos llevarnos lo que hemos venido a buscar —dijo Cimino.

—Si lo matamos quizá no encontremos el objeto. No lo lleva encima. Tenemos que esperar a que la mujer nos lleve al mismo —señaló Gallardo.

Salió a la calzada y agitó una mano.

Tres manzanas más abajo, un viejo camión de carga salió de una bocacalle y subió por la calle Hurriya. Paró en la calzada. Gallardo subió al asiento del copiloto. El sucio parabrisas amortiguaba ligeramente el sol. El aire acondicionado resollaba asmático y sólo proporcionaba cierto alivio contra el implacable calor.

Gallardo se secó la cara con un pañuelo y soltó un juramento. Miró al conductor.

—¿Cómo está nuestro invitado?

DiBenedetto meneó la cabeza y dio una calada a su cigarrillo turco. Era joven, un tipo duro, y mantenía una creciente adicción a la morfina que un día acabaría con él. Era un cruel asesino por elección propia, peor aún que Cimino, porque la droga le robaba la mayoría de sus sentimientos. Solamente le

era leal a Gallardo, que le proporcionaba la suficiente droga como para hacerlo feliz.

—¿Sigue sin hablar? —preguntó Gallardo.

DiBenedetto se volvió y lo miró. Tenía una cara joven a pesar de la droga. Había cumplido veintidós años, pero sus ojos azules como el hielo eran viejos y extraños. Si la humanidad y la compasión los habían habitado alguna vez, hacía tiempo que los habían abandonado.

—Grita, llora, suplica. A veces incluso intenta adivinar qué es lo que queremos saber. Pero no lo sabe —comentó el joven asesino encogiéndose de hombros—. Da pena, pero Faruk ha disfrutado intentando hacerle hablar.

Gallardo levantó el panel que conectaba la cabina con la caja del camión.

Su huésped estaba tirado en el suelo. Se llamaba James Kale. Era uno de los productores del programa *Mundos antiguos, pueblos antiguos*. A pocos años de los cuarenta debía de haber sido un hombre apuesto antes de que los carniceros de Gallardo la hubieran tomado con él. Tenía el pelo lleno de sangre, la cara destrozada con puños americanos; le habían sacado un ojo. También le habían amputado los dedos de la mano derecha y lo habían castrado.

21

Eso último había sido idea de Faruk. Aquel árabe era cruel y sentía placer con la tortura.

Kale estaba acurrucado en posición fetal y apretaba con fuerza la mano mutilada contra el pecho. Tenía los pantalones oscurecidos por la sangre. Había sangre por toda la caja, en las paredes y en el suelo, e incluso salpicada en el techo. El productor se balanceaba vertiginosamente en el recortado borde de la vida, a punto de hacer la última zambullida en el abismo.

Faruk estaba sentado con la espalda apoyada en la pared y fumaba un cigarrillo. Tenía unos cincuenta años, era un hombre oscuro y endurecido; vestía una chilaba manchada de sangre. Algunas canas salpicaban su barba, en la que también había sangre. Miró a Gallardo y sonrió.

—Insiste en que no sabe nada del objeto que le va a enseñar la chica al catedrático —dijo con acento gutural y dejando caer una mano sobre el muslo de Kale.

Éste soltó un grito y apartó su temblorosa pierna.

Faruk, conmovido, se la acarició.

—Tengo que confesar que después de haberle cortado los huevos empiezo a creerle.

Aquella sangrienta visión repugnó a Gallardo. Había visto ese tipo de cosas anteriormente. Incluso las había hecho y volvería a hacerlas si no tenía a nadie que lo hiciera por él. Pero aquello no era lo que le preocupaba. Miró a Faruk y dibujó una línea con el índice por debajo de la barbilla.

El árabe sacó sonriendo una cuchilla del interior de la chilaba. Tiró la ceniza del cigarrillo, se inclinó hacia delante y alisó el pelo de Kale, haciendo que se estremeciera y gritara asustado. Cogió un mechón de pelo, le echó la cabeza hacia atrás y dio un tajo en el cuello al descubierto.

Gallardo se dio la vuelta y cerró el panel. Se concentró en observar al catedrático y a la mujer de la televisión.

«*H*ola, soy James Kale y si estás oyendo este mensaje es porque evidentemente no he contestado. O estoy ocupado o no hay cobertura. Deja un mensaje y te llamaré lo antes posible. Y, mamá, si eres tú, te quiero.»

23

Al escuchar aquella voz tan familiar, Leslie frunció el entrecejo. James era digno de confianza. Se preciaba de estar disponible para la gente con la que trabajaba. Debería contestar. A menos que hubiera dejado de nuevo aquel maldito aparato sin carga. No habría sido la primera vez. Un día de éstos iba a atarlo al cargador.

—¿Pasa algo? —preguntó Lourds. Estaba sentado al otro lado de la pequeña mesa de la terraza donde lo había llevado a desayunar.

El tráfico era lento e iba acompañado de hombres, camellos y caballos. Había burros que tiraban de carros con ruedas de bicicleta en dirección a los zocos. Los mercados al aire libre atraían a mucha gente del lugar, además de a los turistas. Los lugareños llevaban verdura fresca y los turistas compraban recuerdos y regalos para sus familiares. A pesar de llevar unos días en la ciudad, Leslie todavía se maravillaba por la forma en que aquella moderna ciudad parecía atascada en un estilo de vida milenaria.

El camarero había retirado los platos después de haberles

servido una selección que incluía sopa *molokhiyya* con conejo, pisto *torly* con cordero, pechugas de pichón a la parrilla rellenas con arroz condimentado, melón y uva, seguido de pastel de pasas empapado en leche y servido caliente, y café turco con sabor a chocolate.

—Estaba intentando llamar a mi productor —le explicó dándose cuenta de que no había contestado a su pregunta indirecta.

—¿Está en algún lugar cercano? Podríamos ir a buscarlo.

—No hace falta. Estoy segura de que está bien. James es un niño grande y yo no soy su madre. Debe de estar en el set. Hablaré con él cuando lleguemos allí.

—¿Qué te llevó al mundo del espectáculo?

—¿Detecto cierta censura?

—Quizá recelo sería una palabra más acertada —aclaró sonriendo.

—¿No te gusta la televisión?

—Sí, pero a veces me parece muy interesada.

24 Ligeramente cuestionada, Leslie dijo:

—Me encanta estar delante de una cámara. Me gusta verme en televisión. Y es más, a mi madre y a mi padre también les gusta. Así que intento hacer tanta como puedo. ¿Te parece suficiente interés? —preguntó sonriendo.

—Y más honrado de lo que esperaba.

—¿Qué me dices de ti? ¿Estás dispuesto a formar parte de esta serie? ¿Remueve alguna zona oscura de tu vanidad?

—En absoluto —aseguró Lourds—. De no haber sido por que el decano y la junta directiva me instaron a que lo hiciera, seguramente habría declinado amablemente la oferta. Estoy aquí porque la universidad insistió. Y porque me ofrecía la oportunidad de volver a Alejandría. Me encanta esta ciudad.

Intrigada, Leslie posó la barbilla sobre las manos, con los codos sobre la mesa, y miró aquellos cálidos ojos grises.

—Así que si no hubieses aceptado, no habrías disfrutado de este maravilloso sitio.

—Ni de la encantadora mujer que me ha traído aquí. —Su mirada se posó sobre la de ella y la mantuvo un momento.

Un calor que no tenía nada que ver con el sol del mediodía

recorrió el cuerpo de Leslie: «Vaya, eres muy bueno, Lourds. Habrá que tener cuidado contigo».

DiBenedetto enfiló el camión por un callejón a pocas manzanas del café donde comían Lourds y Leslie Crane. Antes de detenerse, un Mercedes alemán entró detrás de ellos. Gallardo lo vio en el espejo retrovisor.

Buscó en su chaqueta de verano y sacó una pistola de calibre nueve milímetros de la pistolera.

—Pietro —dijo a través del micrófono.

—Sí, soy yo, no dispires —pidió la grave voz de Pietro.

Más relajado, Gallardo mantuvo la mano en la pistola hasta que el Mercedes se detuvo detrás del camión. Miró a través del cristal tintado y vio la impresionante masa de Pietro detrás del volante de aquel lujoso coche.

Gallardo salió del vehículo. DiBenedetto hizo lo mismo. Abrieron las puertas del sedán y entraron en él.

Faruk bajó del camión con una chilaba limpia. Había dejado la sucia en la parte de atrás. Se ocupó de cerrar la puerta con cuidado. Incluso después de hacerlo, el olor a gasolina inundó todo el callejón. Satisfecho con su trabajo, Faruk se dirigió a su lugar habitual y se reunió con los demás en el interior del coche. También apestaba a gasolina.

—¿Todo arreglado? —preguntó Gallardo.

Faruk asintió y le entregó la documentación de James Kale, el pasaporte y los objetos personales. Había limpiado el cadáver.

—Sí, todo está listo. He rociado el interior con gasolina y detergente, y he conectado una bengala a la puerta. Cuando abran la caja, el interior del camión será un infierno.

Gallardo asintió. La gasolina y el detergente eran el napalm de los pobres. Provocarían un fuego intenso y concentrado, lo que complicaría la identificación del cadáver mucho más que el hecho de que toda su documentación estuviera en su poder. Habían robado el camión la noche anterior para utilizarlo aquella mañana. No había nada en él que pudiera relacionarlos.

Pietro fue hasta el otro extremo del callejón y salió a la calle, lo que provocó una serie de enfadados avisos de claxon por parte del resto de los conductores, que espantaron a un camello.

—Cimino —dijo Gallardo por el micrófono.

—Aquí estoy. Han vuelto a ponerse en marcha.

—¿Van a pie?

—Sí.

—Abandona, envía a alguien.

—Vale.

A Gallardo se le encogió el estómago. Habían seguido durante ocho meses la pista del objeto que Stefano Murani les había encargado que encontraran. La pista los había conducido finalmente de El Cairo, donde sólo habían encontrado rumores, hasta Alejandría, donde tendría que haberse imaginado que estaba.

26 El problema con los objetos ilegales era que no dejan rastro, o, en el mejor de los casos, es muy irregular. Y si alguno de ellos no se movía mucho, como era el caso —el propietario de la tienda que lo había vendido les había dicho que había estado diecisiete años en la estantería de un cuarto trasero—, entonces las pistas quedaban ocultas por el paso del tiempo.

Antes de asesinar al productor, tres hombres yacían muertos en el sangriento rastro que habían seguido desde El Cairo. Todos ellos eran comerciantes de extrañas —y robadas— antigüedades.

—Se dirigen hacia el estudio —le informó Cimino.

Se oyó una sorda explosión a la izquierda, en dirección al lugar en el que habían abandonado el camión. Gallardo se dio la vuelta y vio una nube de humo que se elevaba por encima de los edificios. Al poco tiempo se oyeron sirenas.

—Bueno, no han tardado mucho, ¿no? Esta ciudad está llena de putos ladrones —murmuró DiBenedetto desde el asiento trasero.

—Ahora unos pocos menos —comentó Faruk.

Chocaron las palmas de las manos.

Gallardo hizo caso omiso al carácter sanguinario de sus mercenarios. En ellos era normal, por eso los había contratado. Volvió sus pensamientos al estudio. Sus hombres y él habían

estado allí haciendo preparativos. Conocían su distribución. Entrar les resultaría muy fácil.

—Ponedlos ahí —pidió Leslie—, mientras lo preparamos todo. ¿Sabe alguien algo de James?

—No, pero anoche dio el visto bueno al set y a la ubicación de la cámara —comentó uno de los jóvenes—. Dijo que hoy iría a buscar exteriores.

—Vale, avísame si viene —contestó Leslie antes de volver a prestar atención a la serie de objetos que quería que viera Lourds.

Sentado en el fondo de una alargada habitación, éste observaba los preparativos de aquellos jóvenes con creciente interés. Se notaba que Leslie se esforzaba por que la presentación de los objetos se cuidara al detalle. Incluso estaban grabando.

Un hombre delgado de antepasados egipcios cruzó la habitación con una maleta de aluminio con ruedas.

Con una teatralidad que le iba como anillo al dedo en aquel set de Kom Al-Dikka, el hombre sacó una llave y la introdujo en la cerradura de la maleta. La abrió y guardó la llave.

El sonido de las sirenas de unos vehículos, que sin duda iban a solucionar algún problema cerca de allí, distrajo momentáneamente a Lourds. Uno de los jóvenes del equipo había comentado algo sobre un coche en llamas a pocas calles de allí. Según él, habían acudido como moscas todo tipo de vehículos oficiales.

Con gran parsimonia, el hombre sacó seis objetos de la maleta y los dejó con sumo cuidado en la mesa que había delante de Lourds. Cuando acabó, hizo una reverencia en dirección a Leslie, que le dio las gracias, antes de retirarse para esperar de pie.

Lourds miró a su alrededor sin poder dejar de sonreír. Junto a Leslie había seis chicos y chicas jóvenes que esperaban ver qué hacía. Se sintió como un niño con su juego favorito.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —preguntó Leslie.

—Esto —explicó Lourds indicando hacia los seis objetos—. En la universidad no hay año que no me traiga algo algún es-

tudiante para que se lo lea. Aunque normalmente son réplicas, nada auténtico.

—Tengo más recursos que cualquier estudiante universitario. —La voz de Leslie denotaba determinación. Estaba claro que no estaba dispuesta a que nadie echara por tierra su tiempo y su trabajo.

—Ciertamente —comentó Lourds como un cumplido—. Aun así esto se parece más a la actuación de un mago en una fiesta. No lo hace para divertir a la gente, pero en cuanto se enteran de que está, todo el mundo quiere que haga trucos para poder soltar exclamaciones de asombro.

—O quizá quieren pillarlo en alguna metedura de pata y ver cómo se cae de culo —intervino un joven con la cabeza afeitada y tatuajes en los brazos.

—¿Eso es lo que espera la señorita Crane? ¿Una metedura de pata? —le preguntó Lourds.

—No sé —respondió el joven encogiéndose de hombros—. Me he apostado unas libras a que no es capaz de leerlos, pero
28 imagino que ella cree que podrá hacerlo sin problema.

—No me molesta ganarte unas libras, Neil —dijo Leslie—. Estoy segura de que el catedrático Lourds es lo que Harvard dice que es: competente en todas las lenguas antiguas conocidas.

—Competente en algunas —la corrigió. «Aunque me las apaño con todas», se dijo a sí mismo. No fanfarroneaba, podía hacerlo.

—Parece que te estás excusando —dijo Neil sonriendo.

El edificio era uno de los más antiguos de la ciudad. El que hubiera aire acondicionado era un toque de modernidad. La habitación era cómoda, pero no estaba herméticamente sellada como el hotel del que acababa de salir. Estaban en una oficina de uno de los lados. Una serie de ventanas daban al Mediterráneo verde y gris, y otra tenía una hermosa vista del centro de Alejandría. Lourds estaba seguro de que desde allí se veía Kom Al-Dikka.

Leslie le había comentado que habían vaciado la habitación para montar el programa de televisión. En una esquina habían habilitado un pequeño set, iluminado y listo para funcionar, alejado de las ventanas para poder controlar la luz. Lo habían

decorado para que pareciera un estudio, con estanterías llenas de libros falsos detrás del escritorio en el que le habían pedido a Lourds que se sentara. Era más grande y mejor que el que tenía en su oficina de Harvard. Estaba tan lleno de aparatos para ordenadores que parecía poder lanzar un cohete al espacio. Lo más adecuado al estatus de estrella del rock que el programa aspiraba otorgarle.

El otro lado de la habitación, ocupando la mayoría del espacio, estaba lleno de cámaras, jirafas y equipos de sonido y audio en estanterías. Había montones de cables que serpenteaban en todas direcciones, aunque no parecía que nadie los controlara realmente. Lourds pensó que aquella habitación daba miedo.

Cogió el primer objeto, una caja de madera de unos quince centímetros de larga, diez de ancha y cinco de fondo. Mostraba unos coloridos jeroglíficos en la parte superior y en los lados. Levantó la tapa y vio una estatuilla con forma de momia.

—¿Sabéis qué es esto? —preguntó enseñando la caja al equipo de televisión.

—Un *ushabti* —dijo Leslie.

—Muy bien. ¿Sabes lo que es un *ushabti*?

—Un objeto portador de buena suerte que se dejaba en las tumbas egipcias.

—No exactamente —la corrigió tocando la estatuilla—. Se suponía que representaba al mayordomo del difunto, alguien que trabajaría para él en la otra vida.

—Una cosa es saber qué es y otra poder leer lo que hay escrito —intervino Neil.

—Es parte del capítulo sexto del *Libro de los muertos* —le informó al tiempo que estudiaba las inscripciones, pues no quería dar por sentado nada, en caso de que alguien hubiese alterado las palabras. Pero todo parecía estar en su sitio. Leyó el jeroglífico con facilidad—: «¡Oh, *ushabti* de N! Si soy llamado, si soy designado para hacer todos los trabajos que se hacen habitualmente en el más allá, la carga te será impuesta a ti. Al igual que alguien está obligado a desempeñar un trabajo que le es propio, tú tomarás mi lugar en todo momento para cultivar los campos, irrigar las riberas y para transportar las arenas de Oriente a Occidente. “Heme aquí”, dirás tú, figurilla».

Leslie comprobó su libreta y se la entregó a Neil.

—Ha acertado una —aceptó Neil devolviéndosela—. También podía saberse ese pasaje de memoria.

Lourds pasó al siguiente objeto, una réplica de un papiro escrito en copto, que le resultó muy familiar.

—Pertenece al documento codificado que traduje.

—Así es —corroboró Leslie—. Y como no existe versión en audiolibro, he pensado que estaría bien oír una presentación oral.

—¿Es esa historia de pervertidos de la que me hablaste? —preguntó Neil.

—Sí —contestó Leslie sin apartar la vista de Lourds.

«¿Así que me está retando?», pensó Lourds, que empezaba a divertirse y quería saber hasta dónde le dejaría llegar. Había tenido que presentar su trabajo unas cuantas veces ante diferentes comités, incluido uno en la casa del decano, para celebrar la aprobación de su traducción. Su lectura, efectuada con una habilidad de orador adquirida durante sus años como enseñante, había sido un éxito y había dejado a los académicos cotilleando. Si Leslie creía que unas simples palabras podían hacerle pasar vergüenza o amedrentarlo, estaba muy equivocada.

Leyó la primera sección del documento y después la tradujo. Leslie le hizo callar antes de que la primera sesión de juegos de estimulación erótica empezara a ponerse seria.

—Vale, conoces el texto. Pasa al siguiente —le pidió sonrojándose.

—¿Estás segura? Es algo que conozco muy bien. —No especificó si se refería al texto o a la técnica que explicaba. En su tono de voz había tanto desafío como en el de ella.

—Estoy segura. No quiero que los peces gordos de la cadena se pongan nerviosos.

—¡Jo, tío! —exclamó Neil sonriendo de oreja a oreja—. ¡Es guay! No sabía que el porno pudiera sonar tan... guarro.

Lourds no se preocupó por corregir su tergiversación del texto. No estaba pensado para ser porno, no exactamente. Era más como el diario de las experiencias de un escritor, un recuerdo de su pasado. Pero leído en voz alta, cambiaba. Cuando

los oyentes escuchaban ciertas palabras, esas palabras y su significado se volvían subjetivos; para la persona que lo escribió eran simplemente la vida y el momento. Para Neil, seguramente, era porno.

El tercer objeto era etíope, estaba escrito en ge'ez, escritura abugida. Eran grafemas transcritos en signos, que mostraban consonantes con vocales insertadas arriba y abajo. Además de en Etiopía, también los utilizaban algunas tribus de indios canadienses, como los algonquinos, los atabascas y los inuits, y la familia de lenguas brahmánicas del sur y sureste de Asia, del Tíbet y de Mongolia. Se había extendido por Oriente hasta Corea. El objeto era un trozo de colmillo de elefante, utilizado por un comerciante para relatar su viaje a lo que entonces se conocía como el Cuerno de África. Por lo que pudo ver, era un regalo para el hijo mayor, un indicador y un desafío para que llegara más lejos y se atreviera más de lo que había hecho su padre.

Evidentemente, su traducción se correspondía con lo que Leslie tenía apuntado, porque no dejó de asentir mientras leía.

31

El cuarto objeto atrajo su atención. Era una campana de cerámica, seguramente utilizada en tiempos por un sacerdote o chamán para llamar a la oración o anunciar algo. Estaba dividida en dos secciones: en la parte de arriba había un badajo; en la inferior, un receptáculo para guardar hierbas. Olía ligeramente a jengibre, lo que quería decir que lo habían utilizado recientemente. El aro de la parte superior hacía pensar que podía llevarse colgado del cayado de algún pastor o de alguna vara de forma similar. Tenía el aspecto bruñido de un objeto que se había utilizado y cuidado durante siglos, quizás un milenio. El receptáculo podría haber servido para llevar aceite y servir de linterna.

La inscripción diferenciaba por completo aquella campana del resto de los objetos que tenía delante. De hecho, lo más fascinante de ella era lo que había escrito a su alrededor.

No pudo leerlo. No sólo eso, no había visto nada parecido en toda su vida.

Gallardo bajó del coche en el callejón que había detrás del edificio en el que los miembros del equipo de televisión habían alquilado unas habitaciones. Fue rápidamente hacia la parte trasera del vehículo, seguido de Faruk y DiBenedetto.

Pietro abrió el maletero desde dentro. La tapa se elevó lentamente y dejó ver unas bolsas de lona. Gallardo abrió la de arriba y sacó una Heckler & Koch MP5. Le puso un silenciador especialmente adaptado para esa arma, al tiempo que Cimino se unía a ellos.

Aquel tipo era un hombre grueso y rechoncho que pasaba mucho tiempo en el gimnasio. Su droga favorita eran los esteroides; su adicción, dolorosamente cercana al abuso, lo mantenía en un precario estado de salud y cordura. Llevaba afeitada la cabeza y unas gafas de sol de piloto le dividían la cara.

—¿Están dentro? —preguntó Gallardo.

—Sí —contestó Cimino cogiendo un arma.

—¿Seguridad?

32 —Sólo la del edificio, no mucha —aseguró Cimino poniendo un silenciador con consumada habilidad.

—Me parece bien. —Faruk cogió una pistola automática y la metió en una bolsa que llevaba colgada al hombro.

—¡En marcha! —exclamó Gallardo sintiendo un excitante cosquilleo en el estómago al anticipar el éxito que estaba seguro iban a tener. Dio un golpecito a la bolsa antes de entrar en el edificio.

Con la sensación de que le estaban jugando una mala pasada, Lourds examinó con mayor detenimiento aquella escritura, pensando que quizá la habían grabado hacía poco para engañarle, lo que habría sido una locura, pues habría mermado su enorme valor. Si se trataba de una falsificación, era una obra maestra. La inscripción era suave al tacto. En algunas partes estaba tan desgastada que incluso se había borrado.

Sí, si era falsa, era muy buena.

Siguiendo su instinto, Lourds buscó en la mochila y sacó un lápiz de mina blanda y un bloc de hojas de papel cebolla para calcar. Puso una hoja sobre la campana y pasó el lápiz por

encima para obtener una imagen en negativo de la inscripción.

—¿Qué haces? —preguntó Neil.

Lourds no hizo caso de la pregunta, absorto en el acertijo que tenía delante. Sacó una pequeña cámara digital de la mochila e hizo fotos desde todos los ángulos. El *flash*, cuando se fotografiaba cerámica lisa, no siempre captaba las marcas poco profundas. Por eso había utilizado el lápiz primero.

Estaba abstraído y no se dio cuenta de que Leslie se había acercado y estaba al otro lado del escritorio.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—¿De dónde has sacado esto? —respondió dando vueltas a la campana entre las manos. El badajo golpeó suavemente el lateral.

—De una tienda.

—¿Qué tienda?

—Una tienda de antigüedades. La de su padre —explicó indicando con la cabeza hacia el hombre que estaba apoyado contra la pared y que parecía preocupado.

Lourds lo miró fijamente, no le gustaba que jugasen con él, si eso era lo que estaban haciendo, claro está. Aunque estaba casi convencido de que no se trataba de una broma. Era demasiado rebuscado. La campana parecía real.

—¿De dónde procede? —preguntó Lourds en árabe.

—Era de mi padre —aclaró amablemente—. La señorita pidió que pusiéramos algo muy antiguo con el resto de los objetos. Para probarlo mejor, dijo. Mi padre y yo le dijimos que tampoco podíamos leer lo que había escrito en la campana, así que no sabíamos lo que decía. —Vaciló—. La señorita dijo que estaba bien.

—¿Dónde consiguió su padre la campana?

El hombre meneó la cabeza.

—No lo sé. Lleva muchos años en la tienda. Me dijo que nadie había sido capaz de explicarle qué era.

Lourds se volvió hacia Leslie y cambió de idioma.

—Me gustaría hablar con ese hombre y ver la tienda de donde procede la campana.

—Bueno, supongo que podremos arreglarlo. ¿Qué sucede? —preguntó sorprendida.

—No puedo leerlo —aseguró, y volvió a mirar la campana sin creer aún lo que sabía que era verdad.

—No pasa nada —lo tranquilizó Leslie—. No creo que nadie piense realmente que eres capaz de leer todas esas lenguas. Sabes muchas otras. La gente que ve nuestro programa se quedará igualmente impresionada. Yo lo estoy.

Lourds se esforzó por mostrarse paciente. Leslie no entendía el problema.

—Soy una autoridad en las lenguas que se hablan aquí. La civilización que conocemos comenzó en algún lugar no muy lejano. Las lenguas que se hablaban, sigan vivas o hayan desaparecido, me son tan familiares como la palma de mi mano. Con lo cual, esta escritura debería pertenecer a alguna de las lenguas altaicas: turco, mongol o tungúsico. —Se tiró de la perilla, tal como hacía cuando estaba nervioso o desconcertado, se percató de que lo estaba haciendo y se frenó.

—Me temo que no sé de lo que me estás hablando.

34 —Es una familia de lenguas que abarcaba toda esta zona —le explicó—. Es de donde nacieron el resto. A pesar de que el tema sigue provocando controversia entre los lingüistas. Algunos creen que la lengua altaica procede de una heredada genéticamente: palabras, ideas y quizás hasta símbolos que están escritos en algún lugar de nuestro código genético.

—¿La genética influye en la lengua? Es la primera vez que oigo algo parecido —confesó Leslie sorprendida arqueando una ceja.

—Ni tendrías por qué. Yo no creo que sea cierto. Hay una razón mucho más sencilla para explicar por qué las lenguas de aquel tiempo compartían tantos rasgos —aseguró más calmado—. Toda esa gente, con sus distintas lenguas, vivían muy cerca unos de otros. Comerciabán entre ellos y querían cosas muy parecidas. Necesitaban palabras comunes para hacerlo.

—Algo así como el *boom* de los ordenadores e Internet, ¿no? —intervino Leslie—. La mayoría de los términos de la informática están en inglés porque Estados Unidos desarrolló gran parte de la tecnología y otros países utilizan esas palabras porque en sus idiomas no hay vocablos para describir esos componentes y esa terminología.

Lourds sonrió, seguro que había sido muy buena estudiante.

—Exactamente. Muy buena analogía, por cierto.

—Gracias.

—Esa teoría se llama *sprachbund*.

—¿Qué es el *sprachbund*? —preguntó Leslie volviéndose hacia el catedrático.

—Es el área de convergencia de un grupo de personas que acaban compartiendo parcialmente una lengua. Cuando se hicieron las Cruzadas, durante las batallas entre cristianos y musulmanes, la lengua y las ideas iban de un lado al otro tanto como las flechas y los mandobles. Esas guerras tenían tanto que ver con la expansión del mercado como con asegurar Tierra Santa.

—¿Me estás diciendo que acabaron intercambiando las lenguas?

—Sí, en parte, la gente que guerreaba o comerciaba. Aún seguimos acarreado la historia de ese conflicto en nuestro idioma. Palabras como «asesino», «azimut», «algodón», incluso «cifrar» y «descifrar». Proviene de la palabra árabe «*sifr*», que es el número cero. El símbolo cero fue muy importante en muchos códigos. Pero este objeto no comparte nada con las lenguas nativas de esta zona, o con ninguna que haya oído o visto. —Levantó la campana—. En aquellos tiempos, los artesanos, sobre todo los que escribían y hacían anotaciones, formaban parte de esa *sprachbund*. Era lógico. Pero esta campana... —Meneó la cabeza—. Es muy rara. No sé de dónde proviene. No es una copia, no da esa sensación, es un objeto que proviene de algún otro lugar que no es Oriente Próximo.

—¿De dónde, pues?

Lourds suspiró.

—Ése es el problema. No lo sé. Y debería saberlo.

—¿Crees que hemos hecho un hallazgo importante? —preguntó Leslie con un brillo de entusiasmo en los ojos.

—Un hallazgo o una aberración —concedió Lourds.

—¿Qué quieres decir?

—La inscripción en esa campana podría ser... una patraña, por así decirlo. Una tontería para decorarla.

—¿No te habrías dado cuenta si ése fuera el caso? ¿No sería fácil reconocerlo?

Lourds arrugó el entrecejo. Lo había pillado. Incluso un lenguaje artificial requiere una base lógica. Y, como tal, debería de haberlo descubierto.

—¿Y bien? —le apremió.

—Sí, parece auténtica.

Leslie volvió a sonreír. Se inclinó hacia la campana y la miró fijamente.

—Si realmente está escrito en una lengua desconocida, entonces se trata de un hallazgo increíble.

Antes de que Lourds pudiera decir nada, la puerta se abrió de par en par. Unos hombres armados irrumpieron en la habitación y los apuntaron con armas.

—¡Quieto todo el mundo! —gritó uno de ellos con acento extranjero.

Todos obedecieron.

Lourds pensó que tenía acento italiano.

36 Los cuatro hombres armados avanzaron. Utilizaron los puños y las armas para obligar al equipo de televisión a arrojar al suelo. Todos se encogieron de miedo y permanecieron quietos.

Uno de ellos, el portavoz, cruzó la habitación a grandes zancadas y cogió a Leslie por el brazo.

Lourds se incorporó de forma instintiva, incapaz de quedarse sentado y ver cómo hacían daño a la joven. Pero no estaba entrenado para ese tipo de cosas. Sí que había estado en sitios peligrosos, pero había tenido suerte. El peor acto violento que había experimentado en toda su vida había sido una pelea jugando al fútbol.

El hombre puso el cañón de la pistola en la sien de Leslie.

—Siéntese, señor Lourds, o esta guapa jovencita morirá.

Obedeció, pero que aquel hombre supiera cómo se llamaba lo desconcertó.

—Muy bien. Ponga las manos sobre la cabeza.

Lourds obedeció con el estómago revuelto. A pesar de las complicadas situaciones en las que se había visto envuelto mientras estudiaba lenguas en países con gran inestabilidad, ja-

más le habían apuntado con una pistola. Tuvo la impresión de que el corazón se le desbocaba, algo que nunca había sentido.

—¡Al suelo! —ordenó el hombre empujando a Leslie.

Una vez tumbada, el hombre miró los objetos que había sobre la mesa y cogió la campana sin dudar.

Ése fue su primer error. Tanto él como sus compinches apartaron la vista de Leslie.

Antes de que Lourds pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, Leslie se levantó, se tiró encima de uno de los hombres, lo derribó y le quitó el arma. Después se metió debajo de un pesado escritorio que había en la parte de atrás del set.

Aquello pilló desprevenidos a los asaltantes. No esperaban que una mujer ofreciera resistencia.

La habían subestimado, pero sin duda se trataba de auténticos profesionales, pues no les costó nada reaccionar.

El sonido de disparos inundó la habitación al tiempo que el escritorio recibía un castigo para el que no estaba preparado. Las balas lo inundaron todo de astillas.

Leslie respondió. Sus disparos sonaban más fuertes que los de sus atacantes y parecía que sabía lo que estaba haciendo. La pared de detrás de los atacantes se llenó de agujeros e hizo que tosieran por el polvo del yeso.

Entre tanto, el equipo buscó refugio.

Al igual que los ladrones.

«¡No! —pensó Lourds—. Ningún objeto vale las vidas de toda esta gente.»

Entonces oyó el teléfono de Leslie.

Podía llamar para pedir ayuda.

En medio de aquel caos, rodó por el suelo y se metió detrás del escritorio con Leslie.

—Yo hablo y tú disparas, o moriremos los dos.

—¡Buena idea!

Leslie le pasó el teléfono, que ya estaba preparado para marcar un número de urgencias. Se oyeron más disparos y un grito. Lourds confió en que fuera uno de los atacantes y no un miembro del equipo el que había resultado alcanzado.

Cuando unas sorprendidas palabras en árabe sonaron en el teléfono, Lourds empezó a hablar.

Antes de que pudiera acabar la segunda frase, el ruido de sirenas se intensificó.

La ayuda estaba en camino.

Los ladrones también lo oyeron.

Escaparon, uno de ellos dejó un reguero de sangre.

Leslie fue tras ellos y dejó de disparar hasta tener un buen blanco.

Lourds la siguió justo a tiempo de apartarla cuando una descarga final por parte de los ladrones hacía astillas la puerta de la oficina.

En el suelo, aterrizado pero todavía entero, Lourds la abrazó. Sintió la suave presión de piel femenina contra su cuerpo y pensó que si tenía que morir en ese momento, seguro que había peores formas de hacerlo.

Se apretó contra ella y protegió su cuerpo con el suyo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Quieres que te maten? —preguntó.

38 —¡Se escapan! —exclamó Leslie intentando zafarse del abrazo.

—Sí, y es lo que tienen que hacer, irse bien lejos. Tienen armas automáticas, son más que nosotros y la Policía está al llegar. Casi toda, a juzgar por el ruido que hacen. Ya nos has salvado el pellejo. Es suficiente. Tira la pistola y deja que se hagan cargo los profesionales.

Leslie se relajó entre sus brazos. Por un momento, Lourds pensó que iba a protestar y a llamarle cobarde. Sabía bien que en una situación límite las personas que observan desde la barrera confunden a menudo la sensatez con la cobardía.

Dos de los jóvenes del equipo de producción asomaron la cabeza desde su escondite. Como no les dispararon, Lourds pensó que estaban lo suficientemente a salvo como para levantarse. Se incorporó y ayudó a Leslie.

Cundo salían hacia el pasillo se fijó en los orificios que llenaban el final del pasillo, además de las paredes, techos y suelo. Los malos no eran tiradores de primera, pero habían repartido suficientes balas a su alrededor como para dejar las cosas claras.

—Llama a la Policía —pidió a uno de los jóvenes árabes del equipo—. Diles que los ladrones se han ido y que sólo queda-

mos nosotros. Que se enteren bien antes de llegar o las cosas se pondrán feas otra vez.

Uno de los miembros del equipo, que ya estaba pálido, se puso blanco y corrió al teléfono.

Leslie se soltó de Lourds y fue hacia una ventana para mirar hacia la ciudad.

Él se colocó a su lado, pero no vio nada.

—Hemos perdido la campana antes de saber qué era —comentó Leslie.

—Bueno, eso no es del todo cierto. Tengo copia de la inscripción y saqué un montón de fotos con la cámara digital. Puede que hayamos perdido la campana, pero no su secreto. Vayan donde vayan no estarán totalmente fuera de nuestro alcance.

Lourds pensó que si seguían descifrando aquel enigma acabarían por tener que enfrentarse de nuevo a una pistola. Alguien deseaba aquella campana lo suficiente como para matarle a él y a todo un equipo de televisión. ¿Asesinarían también para impedir que la analizaran? Aquéllas no eran precisamente las cosas que le ocurren a un catedrático de Lingüística.

39

Ni tener que hablar con cien policías egipcios acelerados.

Pero, a juzgar por el sonido de los pasos en el pasillo, tuvo la impresión de que aquel día iba a aprender un montón de cosas nuevas.

Plaza de San Pedro
Status Civitatis Vaticanae
17 de agosto de 2009

40 **E**n el interior de las murallas de la Ciudad del Vaticano viven menos de mil personas, pero reciben la visita anual de millones de turistas y fieles. No es por ello extraño que el país más pequeño de Europa tenga también el índice de criminalidad per cápita más alto del mundo. Todos los años, junto con turistas y fieles, los carteristas y los descuideros llegan en tropel.

El cardenal Stefano Murani era uno de los habitantes de la ciudad sagrada y, la mayor parte del tiempo, le encantaba vivir allí. Le trataban bien y todo el mundo le mostraba respeto, llevara sotana de ceremonia o traje de Armani, que era lo que solía vestir cuando no se ponía las vestiduras. Aquel día no las llevaba porque tenía asuntos personales que resolver y no le importaba que lo recordaran como a un representante de la Iglesia católica romana. A veces prefería ser él mismo y hacer las cosas que le gustaban.

Era un hombre apuesto que medía un metro y ochenta y dos centímetros. Era consciente de su imagen y se preocupaba por tener el mejor aspecto. Tenía el pelo castaño oscuro, cortado una vez a la semana por su peluquero personal, que iba a sus habitaciones privadas para ocuparse de él. Una fina línea de barba marcaba su mandíbula y se ensanchaba ligeramente en la mejilla para unirse a un recortado bigote. Sus ojos negros dominaban la cara, era lo que más recordaba la gente que lo co-

nocía. Había quien pensaba que eran fríos y despiadados. Otros, más inocentes, simplemente opinaban que eran directos y firmes, una inequívoca señal de fe en Dios.

Su fe en Dios, al igual que la fe en sí mismo, era perfecta. También lo sabía.

Su trabajo era el trabajo de Dios también.

En ese momento, el niño de diez años que forcejeaba mientras lo agarraba por el brazo estaba convencido de que era el mismo diablo el que le había apresado. O eso es lo que había dicho antes de que el cardenal le hubiera hecho callar. El terror se había apoderado de los ojos de aquel niño y le arrancaba lastimeros lloros. Estaba más delgado que un silbido, puro huesos y harapos.

Murani pensó que no deberían haberle dejado entrar en la Ciudad del Vaticano. Deberían de haberlo parado y echado al instante. Cualquiera podía darse cuenta de que era un ladrón, un simple ratero que empezaba a aprender el oficio. Pero también había quien pensaba que bastaba una visita al Vaticano para alterar para siempre la vida de una persona. Así que se dejaba entrar hasta a las sabandijas callejeras como aquel espécimen. Quizás esos que creían en la piedad y el acceso suponían que allí encontrarían a Dios.

41

Murani no se incluía entre los locos que pensaban así.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó.

—No —contestó el niño.

—Deberías saber el nombre de la persona a quien le vas a robar la cartera. Podría darte alguna pista sobre la elección de objetivos. Puesto que no te conozco, tu castigo será rápido y suave. Sólo te romperé un dedo.

Frenético, el niño intentó golpear a Murani.

El cardenal se echó hacia un lado y la andrajosa zapatilla de deporte falló por los pelos. Entonces le rompió el dedo como si fuera un palito de pan.

El niño se tiró al suelo y empezó a gritar de dolor.

—Que no vuelva a verte —dijo Murani. No era una amenaza, era un hecho, y ambos lo sabían—. La próxima vez te romperé algo más que un dedo. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Ahora, levántate y lárgate de aquí.

El niño se puso de pie sin decir palabra y se dirigió tambaleándose hacia la multitud, sujetándose la mano herida.

Murani se limpió las rodillas a conciencia hasta que estuvo seguro de que la oscura tela volvía a estar limpia. Miró a su alrededor sin hacer caso a las miradas de los turistas. Aquella gente no era nada, no valían mucho más que el joven ladrón que acababa de liberar. Palurdos y borregos, vivían con temor y miedo al verdadero poder, y él formaba parte de ese poder.

Algún día, él sería todo ese poder.

Cruzó la plaza de San Pedro, su presencia física quedaba eclipsada por la mole de la Capilla Sixtina a la izquierda y el palacio del Gobierno detrás. La oficina de Excavaciones, la sacristía y el Tesoro estaban frente a él a la derecha, flanqueados por la oficina de correos del Vaticano y la caseta de información de la entrada. Delante tenía la *Piedad*, de Miguel Ángel.

42 Gian Lorenzo Bernini había creado el efecto de conjunto de la plaza en la década de 1660, con un diseño de forma trapezoidal. La fuente diseñada por Carlo Maderno era un primer centro de atención para la gente que entraba en ella, pero la columnata dórica de cuatro en fondo atraía inmediatamente la atención de todo el mundo. Le confería un aspecto imperial y trazaba distintas zonas, como los jardines Barberini. En el centro de la parte abierta se elevaba un obelisco egipcio de casi cuarenta metros de altura. Había sido tallado mil trescientos años antes del Santo Nacimiento, había pasado algún tiempo en el circo de Nerón, y después Domenico Fontana lo había llevado allí en 1586.

La plaza se había ampliado y transformado a lo largo de los siglos. Se había retirado el camino adoquinado y se habían añadido unas líneas de travertino que destacaban en el suelo. En 1817 se colocaron algunas piedras circulares alrededor del obelisco para crear un reloj solar. Incluso Benito Mussolini se quedó impresionado y derribó varios edificios para proporcionar una nueva entrada, la Via Della Conciliazione.

La primera vez que Murani había ido a la Ciudad del Vaticano había sido de niño, con sus padres. Le embargó una emoc-

ción que no le había abandonado nunca. Cuando le dijo a su padre que algún día viviría en ese palacio, éste se echó a reír.

Murani podía haber recibido su parte de mansiones y villas repartidas por todo el mundo. Su padre se había enriquecido una y otra vez. De niño le impresionaban los millones de su padre. La gente trataba bien y con respeto a su progenitor allí donde fuera, muchas personas incluso le temían. Pero su padre también tenía sus propios miedos. Esos miedos incluían a otros hombres tan despiadados como él, y a la Policía.

Sólo un hombre cruzaba la Ciudad del Vaticano sin temor, y Murani esperaba ser ese hombre algún día. Quería ser el Papa. El Papa tenía dinero. La Ciudad del Vaticano producía más de doscientos cincuenta mil millones de dólares anuales gracias a sus diezmos, colecciones y empresas comerciales. Con todo, el dinero no era lo que Murani deseaba. Quería el poder del Papa. A pesar de que su puesto lo habían ocupado hombres vencidos por la edad, la enfermedad y los achaques, siempre se había respetado el cargo. Eran poderosos.

La gente —los creyentes y el mundo en general— pensaba que la palabra del Papa era ley. Sin necesidad de una demostración de fuerza, sin ningún intento de probar el poder que tenía el Papa.

43

El cardenal Stefano Murani era una de las pocas personas que sabía el poder que podría llegar a reunir el Papa si quisiera. Por desgracia, el que ocupaba el cargo en ese momento, Inocencio XIV, no creía en las muestras del poder de su cargo. Intentaba predicar sobre la paz, a pesar de los continuos ataques terroristas y la devastación económica que asolaba el mundo.

Viejo loco.

Murani se vio atraído a temprana edad por la Iglesia católica. Había sido monaguillo de la iglesia del pueblo en el que había nacido, cerca de Nápoles, y le encantaba la forma organizada en que actuaban los sacerdotes. No estaba previsto que se ordenara. Su padre tenía otros planes para él, pero cuando creció, intentó encontrar algún interés en los negocios de su padre y al no ver ninguno, se inclinó por el clero.

Su padre se enfadó mucho con aquel anuncio e incluso trató de hacerle cambiar de idea. Por primera vez en veinti-

cinco años, Murani descubrió que su fuerza de voluntad era más fuerte que la de su progenitor; podía recibir todos los insultos que le profería sin flaquear. A pesar de todo, en su nueva carrera supo encontrarle utilidad a las enseñanzas paternas. Cuando se ordenó continuó con honores sus estudios en informática. Llegó a la Ciudad del Vaticano por la vía rápida y al cabo de poco tiempo fue escalando puestos en el Departamento de Informática, en el que trabajaba en ese momento. Finalmente fue nombrado cardenal, uno de los hombres con poder para elegir al Papa. En la última convocatoria papal había perdido por poco, pero había formado parte del sínodo de cardenales que habían puesto en el cargo a Inocencio XIV.

Había entrado en la Sociedad de Quirino, el grupo clandestino más poderoso de la Iglesia, formado por los hombres que vigilaban sus secretos mejor guardados. Entonces hacía pocos días que acababa de cumplir los cuarenta y cinco años; llevaba en ella tres años.

44 La mayoría de esos secretos eran cosas sin importancia, errores papales o niños nacidos fuera de matrimonio de cardenales y arzobispos, o asuntos sobre sacerdotes de alta jerarquía que prestaban demasiada atención a los monaguillos. Eran cosas que podían resolverse con discreción, a pesar de que cada vez resultaba más difícil, en esos tiempos de atención mediática instantánea. Los casos de abusos sexuales perseguían a la Iglesia y la arrastraban a las alcantarillas haciendo que pareciera débil. En 2006 se condenó a un sacerdote que había cometido un crimen abominable.

Las cicatrices en su amada iglesia preocupaban a Murani.

Durante los últimos tres años había estado convencido de que los papas anteriores —y pensaba en él como posible papa, pues sabía que sin duda algún día estaría entre ellos— habían desperdiciado su poder y habían evitado asegurar algo que les pertenecía por derecho. La gente necesitaba fe. Sin ella no podrían entender la confusión que formaba parte del simple hecho de estar vivo. Las grandes masas seguían sintiendo un miedo animal por ella. Pero tener una fe verdadera significa ser un verdadero penitente, estar verdaderamente asustado.

El miedo perfecto era hermoso.

Le gustaba inspirarlo.

Murani quería volver a instaurar ese miedo a los papas en el mundo.

De niño solía sentarse en el regazo de su madre y escuchar antiguas historias sobre la Iglesia. En aquellos tiempos, la bendición del Papa podía hacer que los reyes fueran más poderosos, que las guerras duraran más o acabaran enseguida, lograba provocar conquistas y derribar imperios. El mundo estaba mejor organizado y dirigido durante los tiempos en los que el papado tenía un poder absoluto.

Murani ansiaba ese tipo de poder. Su padre le había negado su ayuda, pero su madre también era rica, pues había heredado. Lo que su padre no le diera, se lo daría su madre.

Algún día, cuando fuera papa —y estaba seguro de que ese día no tardaría mucho en llegar— doblegaría a su padre y le obligaría a admitir que el rumbo que había elegido —no, su destino— le había proporcionado más poder que todas sus ganancias ilícitas.

Concentrado en su objetivo, Murani salió de la Ciudad del Vaticano y se fijó en que el Hummer azul oscuro de Gallardo esperaba junto al bordillo.

Gallardo se inclinó hacia el asiento del acompañante y abrió la puerta. Murani se apoyó en el estribo y subió.

—¿Tuvisteis más problemas en Alejandría?

Gallardo miró por encima del hombro, vio que no pasaban coches y arrancó con suavidad. Meneó la cabeza y frunció el entrecejo.

—No, nos largamos sin dejar rastro. No dejamos nada con lo que puedan localizarnos. El personal de la televisión se dedicará a otra noticia. Siempre lo hacen. Y Lourds es un catedrático de universidad. Una simple hormiga en la gran escala de las cosas realmente importantes. ¿Qué problemas podría causarnos?

—También es una de las personas más eruditas en todo el planeta en lo que se refiere a lenguas.

—Bueno, eso le viene bien para poder decir: «No me desapare, por favor», en varios idiomas. —Gallardo sonrió—. No me impresiona. La mujer que está con él vale por diez catedráticos.

Ella sola evitó que matáramos a todos los rehenes. Pero sólo es una mujer. Aunque hay que reconocer que encontró algo que te interesa.

—¿Dónde está?

—En un compartimento secreto —dijo Gallardo indicando con un grueso dedo hacia el suelo del asiento del acompañante.

—¿En el coche? —preguntó Murani mirando la alfombrilla.

—Sí, sólo hay que empujar hacia abajo, con fuerza, y girar a la derecha.

Murani le obedeció y parte del suelo se elevó casi imperceptiblemente. Si no lo hubiese estado buscando con instrucciones precisas, no lo habría encontrado.

Al cardenal le temblaron un poco las manos cuando las introdujo para cogerla. Aquel temblor le sorprendió. No era propio en él ningún tipo de debilidad física. Criarse con un tirano como su padre había propiciado que sólo mostrara sus emociones cuando quería.

46 Gallardo le dio la combinación de la caja cerrada.

Murani pulsó la secuencia de números y oyó un zumbido en el interior del candado. Pocos días antes había encontrado la campana en un foro dedicado a temas arqueológicos. Había estado buscando ese instrumento musical desde que había oído hablar de él a un miembro de la Sociedad de Quirino. Ninguno de sus miembros había pensado en buscarla en Internet, creyendo que seguramente era un mito o que había sido destruida.

Les bastaba con proteger su secreto. La mayoría de sus socios eran personas mayores a las que les quedaban pocos años de vida. La seguridad y las migajas de reconocimiento de la Iglesia habían hecho desaparecer la ambición y el deseo de sus huesos.

Murani tenía más ambición que todos ellos juntos.

Pasó las yemas de los dedos con codicia por la superficie de la campana. Las inscripciones estaban desgastadas y las sintió suaves en vez de cortantes. Lo había supuesto, tras cinco mil años o más de existencia, el que hubiera sobrevivido era un milagro.

«¿Intervención divina?», pensó. Si así había sido, era obra del Dios del Antiguo Testamento, no del nuevo. La divinidad que había permitido la existencia de la campana era lo suficientemente vengativo y celoso como para haber inundado el mundo no sólo una vez, sino dos.

La campana guardaba muchos secretos. Murani conocía parte de su historia, pero no toda y tampoco sabía lo suficiente sobre cómo usarla.

—¿Puedes leerlo? —preguntó Gallardo.

Murani negó con la cabeza. Había estudiado varias lenguas, tanto orales como escritas, además de su conocimiento de lenguajes en el campo informático. Según la leyenda, sólo unas pocas personas especiales nacidas cada generación podían leer lo que estaba escrito en los instrumentos.

—No.

—Entonces, ¿por qué la quieres tan desesperadamente?

Murani volvió a dejar la campana en el estuche con delicadeza, encajándola en su molde recortado en espuma.

—Porque esta campana es una de las cinco llaves que abren el mayor tesoro en la historia de la humanidad —le explicó sin dejar de mirarla—. Gracias a ella estaremos mucho más cerca que nunca de saber cuál era el deseo de Dios.

El móvil del cardenal empezó a vibrar en el bolsillo. Contestó suavemente, disimilando el entusiasmo que le invadía.

—Su Eminencia —dijo el secretario de Murani, un joven emprendedor.

—¿Qué pasa? Di órdenes muy claras de que no se me molestara esta tarde.

—Lo sé, Su Eminencia, pero el Papa ha pedido que todo el personal de todos los departamentos firme una declaración para apoyar unas excavaciones en Cádiz. Lo quiere ahora mismo.

—¿Por qué?

—Porque esas excavaciones arqueológicas están atrayendo la atención de ciertos medios de comunicación.

—Pero el Papa puede hacer una declaración en nombre de la Iglesia.

—El Papa opina que lleva tan poco tiempo en el cargo que

esa declaración debería estar firmada también por los miembros más antiguos del colegio cardenalicio. Usted es uno de los que nombró.

Murani aceptó y dijo que se ocuparía de ese asunto en cuanto llegara; después colgó.

—¿Algún problema? —preguntó Gallardo.

—El Papa está preocupado por el trabajo del padre Emil Sebastian, en Cádiz.

—La radio no hace otra cosa que especular sobre por qué el Vaticano tiene tanto interés en esas ruinas de Cádiz.

En un semáforo cercano a la Piazza del Popolo, Gallardo buscó en el asiento de atrás un ejemplar de *La Repubblica*. Abrió el periódico nacional para que lo pudiera leer Murani. Un gran titular decía:

¿ESTÁ BUSCANDO EL VATICANO EL TESORO
PERDIDO DE LA ATLÁNTIDA?

48 Murani frunció el entrecejo.

—Ese periódico se está burlando de los intereses de la Iglesia —comentó Gallardo.

Murani leyó rápidamente el relato de unos círculos concéntricos captados por un satélite en las marismas cercanas a Cádiz. El lugar estaba situado en las proximidades del parque natural, no lejos de la cuenca del Guadalquivir, al norte de Cádiz.

Cádiz es la ciudad más antigua de España. En el año 1100 a.C., fue fundada como centro de comercio. Los fenicios la bautizaron como Gadir. La mayoría de las mercancías que se exportaban desde allí eran plata y ámbar. Los cartagineses construyeron un puerto e incrementaron el comercio. Después la ocuparon los moros, pero Cádiz ya tenía personalidad propia y había llegado a ser el principal puerto comercial desde el que se hacían negocios con el Nuevo Mundo. Dos de los viajes de Cristóbal Colón salieron desde el puerto de esa ciudad. Más tarde fue invadida por sir Francis Drake, y los enemigos de Napoleón Bonaparte casi lo capturan allí.

En ese momento, quizás, habían encontrado la Atlántida.

Durante miles de años, desde que Platón había escrito acerca de la legendaria ciudad que había sufrido algún tipo de catástrofe y se había hundido en el mar, toda la humanidad había hablado del esplendor de aquella perdida civilización. Teorías de que la Atlántida era una ciudad de científicos extraordinarios, de magos e incluso de extraterrestres circulaban a todas horas en Internet.

Nadie sabía la verdad.

Nadie, excepto la Sociedad de Quirino.

Y el cardenal Stefano Murani.

Y no tenía pensado revelar lo que sabía.

—La verdad, no sé qué interés puede tener la Iglesia en Cádiz —comentó Gallardo.

Murani no dijo nada mientras leía el artículo. Por suerte, no era nada consistente, simple especulación. No aportaba datos concretos, sólo las conjeturas del periodista. Se citaba al padre Emil Sebastian, director de las excavaciones, y se decía que el Vaticano estaba interesado en recuperar todo objeto que pudiera haber pertenecido a la Iglesia. Una columna lateral, mucho más objetiva, documentaba la anterior implicación del padre Sebastian en anteriores excavaciones arqueológicas. Se le citaba como archivero en la Ciudad del Vaticano.

49

—La Iglesia obra de forma misteriosa —comentó Murani, pero estaba pensando que el periodista habría estado más interesado, incluso habría puesto más ahínco en intentar encontrar la verdad si hubiese sabido cuál era realmente el campo de estudio del padre Sebastian. El título de arqueólogo se quedaba muy en la superficie de lo que realmente hacía. Aquel hombre había escondido muchos más secretos de los que había sacado a la luz.

—¿Qué se supone que vas a hacer por el padre Sebastian? —preguntó Gallardo.

Murani dobló el periódico y lo volvió a dejar en el asiento de atrás.

—Escribir una carta para alabar su trabajo.

—¿Su trabajo en qué?

—En restaurar el pasado de la Iglesia.

—¿La Iglesia ya estaba allí? —preguntó Gallardo meneando

la cabeza dubitativo—. Por lo que he leído y visto en la CNN, esa parte de las marismas de España ha estado cubierta de agua durante miles de años.

—Seguramente.

—¿Y la Iglesia se hallaba en esa zona?

—Posiblemente. La Iglesia lleva en Europa desde tiempos inmemoriales. A menudo nos ocupamos de excavaciones muy notables.

Gallardo condujo en silencio un rato.

Murani estaba inmerso en sus pensamientos. No había contado con que las excavaciones en Cádiz atrajeran tanta atención. Eso podía ser un problema. Los asuntos de la sociedad debían llevarse en el más absoluto secreto.

—Podría ir a Cádiz, echar un vistazo y contarte lo que encuentre —propuso Gallardo.

—Todavía no. Tengo otra cosa para ti.

—¿Qué?

—He localizado otro objeto que quiero que adquieras para mí.

—¿El qué?

—Un címbalo —dijo Murani sacando un DVD y un trozo de papel del bolsillo de su chaqueta.

—¿Un símbolo de qué?

Murani desdobló el papel y le enseñó el címbalo de arcilla, un disco gris verdoso recortado sobre un fondo negro.

—En el DVD hay más información sobre su paradero.

Gallardo cogió el DVD y se lo metió en el bolsillo.

—¿Puede conseguirlo cualquiera?

—Si sabe dónde buscar...

—¿Cuántos competidores voy a encontrar?

—No muchos más de los que tuviste en Alejandría.

—Uno de mis hombres todavía está echando papilla después de recibir un disparo en el estómago.

—¿Te importa?

—No.

—Entonces, sigue buscando —le pidió Murani, que acunaba la caja en la que estaba la campana.

—Esto va a salir caro.

—Si necesitas más dinero, pídemelo —le espetó Murani, que se encogió de hombros.

Gallardo asintió.

—¿Dónde está el címbalo?

—En Riazán, Rusia. ¿Has estado allí alguna vez?

—Sí.

Murani no se sorprendió. Gallardo había viajado mucho.

—Tengo la dirección de la doctora Yuliya Hapaev. Ella tiene el címbalo.

Gallardo asintió.

—¿En qué es doctora?

—En Arqueología.

—Parece que te ha dado por los lingüistas y las arqueólogas.

—Es donde han aparecido los objetos. No controlo esas cosas. Están donde están.

—¿Se conocen Hapaev y Lourds?

—Sí, son colegas y amigos. —La investigación que había hecho le había aportado ese detalle—. Lourds ha aconsejado en muchas ocasiones a la doctora Hapaev.

—Entonces, eso será un problema. Esa conexión puede hacer que la gente empiece a atar cabos —señaló Gallardo—. Primero Lourds pierde un objeto y luego Hapaev. Si lo consigo, claro.

—Tengo en ti toda la confianza del mundo.

—Me siento halagado, pero seguiremos teniendo el problema de la conexión. ¿Se ha puesto Hapaev en contacto con Lourds respecto a la campana? —dijo Gallardo sonriendo.

—No.

—¿No tiene ningún motivo para pensar que alguien va a ir a hacerle una visita?

Murani meneó la cabeza.

—¿Cuándo salgo? —preguntó Gallardo.

—Cuanto antes, mejor —contestó el cardenal.